

14ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 11,25-30

En aquel tiempo, Jesús exclamó:

Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla.

Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Todo me lo ha entregado mi Padre y nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré.

Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso.

Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.

LA FUERZA DE LA HUMILDAD

«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla». El que pronuncia estas palabras es Jesús, el anunciado por los profetas, el Mesías, el Hijo de Dios. Y a su vez, el hijo de María, un carpintero de Nazaret, un hijo del pueblo.

Pero ¿de qué «cosas» hablaba Jesús? «Jesús habla de las cosas de la gente de la calle». Habla de la semilla y del sembrador, de la tierra buena y de la tierra mala, de la sal y de la levadura, de la luz y de la moneda perdida... pero «hablando siempre del Reino de Dios». Porque esta es su misión y esta es su noticia, que «ha llegado el Reino de Dios».

«Jesús es el enviado de Dios a la tierra de los hombres». Los sencillos le entienden, le escuchan y le siguen. Hasta los guardias que fueron un día a apresarle decían: «Jamás un hombre ha hablado como habla este hombre». Y los fariseos respondían: «¿Vosotros también os habéis dejado embaucar?» ¿Acaso ha creído en Él algún magistrado o algún fariseo?

En efecto, los magistrados y los fariseos, los sabios y los entendidos, los que sabían de leyes y teologías no le escucharon. Creían conocer bien a Dios y estar en posesión de la verdad. Es la «eterna tentación» del espíritu humano desde sus orígenes, tan bellamente expresada en la narración simbólica del Génesis: «ser como dioses».

Pero Jesús «hablaba a los sencillos», a los sin voz, a aquella gente de la tierra a quienes los rabinos despreciaban. Y Jesús daba gracias al Padre «por haber escondido estas cosas a los sabios y revelarlas a los humildes».

Aunque pudiera parecer otra cosa, no estamos ante una discriminación de Dios hacia la gente culta. Estamos frente a la «necesidad de adoptar una actitud de vida» para poder «acceder a la revelación del verdadero Dios», para acoger su Palabra. Todo el mundo puede acceder a esa revelación, incluidos los sabios, si son capaces de ser sencillos.

El Evangelio no es una palabra docta para los doctos, sino «una Palabra de Vida y para la Vida». Para comprender el Evangelio sólo hace falta tener un «corazón despejado de intereses ilegítimos y perder el miedo a las exigencias del amor». No tiene sentido una lectura del Evangelio desde una actitud académica apoyada en la literalidad de las palabras. No se trata de recurrir a su significado más estricto sino de «comprender lo que esas palabras nos quieren decir». Y eso no es difícil.

El plan de Dios no puede ser aceptado más que por aquellos que se presenten ante Él «conscientes de su vacío y pequeñez», con «actitud de humilde y esperanzada búsqueda» de algo o Alguien que pueda llenar sus vidas. Características que pueden darse en la gente docta, como fue el caso de Nicodemo.

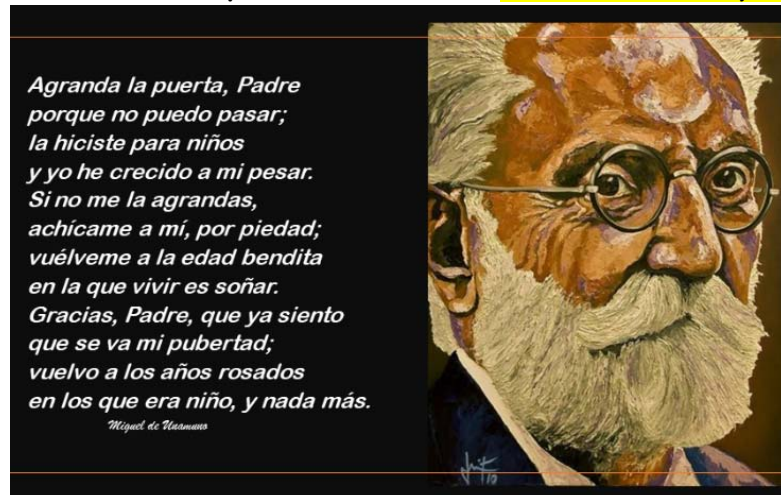
«Sólo el Hijo revela el verdadero rostro de Dios. La revelación de Dios como «Padre» y «Amor» y de su «Reino» constituye el centro de la predicación de Jesús. En la paternidad de Dios, Jesús esquematiza la relación de Dios con las personas y en la filiación divina, la relación de las personas con Dios.

Es un buen resumen de su visión de Dios. Dios es Padre, sobre todo de Jesús, el Hijo, y a través de Él, de todos nosotros. **«Todo me lo ha entregado mi Padre»**, nos dice. Y a continuación apostilla, **«nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»**. Jesús habla de **«conocer y revelar»**. Conocer no es una ciencia del entendimiento. Conocer es una **«sabiduría»** en la que participan por igual **«la voluntad, los sentimientos y la inteligencia»**. Conocer y amar son una misma cosa. Conocer es una **«experiencia personal»**, suscitada por un **«nuevo nacimiento por el Espíritu»**.

La **«revelación»** no consiste en más conocimiento, en nuevas normas. Simplemente es una manera nueva de vivir, de llevar a la vida las enseñanzas de Jesús, su Evangelio, su manual de instrucciones para **«vivir según los designios de Dios»** y transitar por caminos que nos conduzcan a la **«salud»** y a la **«verdadera felicidad»**. Para Jesús **«la vida es más importante que el conocimiento»**

En el Evangelio de hoy Jesús sale una vez más al paso de nuestras necesidades más íntimas y personales. Nos dice: **«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas»**. ¡Palabras reconfortantes y consoladoras! ¡La verdadera paz del corazón! Justamente lo que necesitamos. Todos nos sentimos a menudo cansados, agobiados y deprimidos. **«Y Jesús puede curarnos»**.

Pero ¿cómo es posible que Jesús sea la medicina que realmente necesitamos? Sin perjuicio de que **«la fe es una fuerza inestimable»** para afrontar las vicisitudes de la vida, la medicina y la psicología moderna reconocen hoy el **«valor terapéutico de la humildad»**. El prestigioso psicólogo **«Carl Jung»** dice en un libro suyo que todos los pacientes que se habían dirigido a él sufrían por algo que se podría definir **«falta de humildad»** y que no curaban hasta el momento en que tomaban una **«actitud de respeto y de aceptación de una realidad más grande que ellos»**, es decir, una actitud de humildad.



El gran filósofo y literato español, **«Miguel de Unamuno»**, hombre de un temperamento ardiente y apasionado, padeció dramáticos conflictos interiores y tremendas agonías en su fe, precisamente por no querer aceptar con humildad y sencillez la realidad de su condición de vida. Y cuando al fin, **«reconoció su debilidad»**, bellamente la expresó con estos versos.

Jesús se define a sí mismo como **«manso y humilde de corazón»**. **«Manso»**, indica su actitud ante los hombres, es decir, misericordioso, no-violento, tolerante, pronto al perdón, pero también exigente. **«Humilde»**, indica su actitud obediente y dócil en todo a la voluntad del Padre. **«De corazón»**, quiere decir que su docilidad y obediencia es interior, libre, fundamentada en el amor.

«Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». Su yugo, su modo de afrontar la vida, es **«provechoso»** para las personas y da **«sentido pleno»** a sus vidas. Sólo requiere del amor, que es gozo al vivirlo, aunque no exento de sufrimiento.

Con Jesús irrumpe el **«Reino de Dios»** entre nosotros. **«Su vida es el modelo a seguir para hacerlo realidad»**. Según vayamos viviendo de su vida, **«iremos experimentando ese Reino dentro de nosotros y a nuestro alrededor»**. Ya no serán necesarias más explicaciones pues no harán falta razones para creer lo que ya se vive. ¡Que así sea!